

Algunos fotógrafos que retrataron el México del siglo XX...

Manuel Ramos (1874-1945)

Su obra toca el registro político (incluidas fotografías oficiales, pues trabajó para el gobierno), socioeconómico y cotidiano del México de antes, durante y después de la Revolución (especialmente de la Ciudad de México).

Fotografió momentos emblemáticos con neutralidad como la entrada de los zapatistas en Ciudad de México, pero también abundantes tomas de la virgen de Guadalupe (siendo un auténtico cronista de este icono mexicano) y del movimiento cristero para actuar en su favor (lo que le haría perder su cargo).

En su trabajo hay una tensión entre tradición y modernidad. Para él la fotografía no sólo fue un documento (fue uno de los primeros fotoperiodistas), sino también una creación, pues fue además un pionero de la experimentación.

Manuel Álvarez Bravo (1902-2002)

Vida

Nacido en Ciudad de México en una familia pobre, a los trece años se pone a trabajar. Se casa con Lola Álvarez Bravo, también fotógrafa sobresaliente, y en 1927 abrió una galería pictórica (época en la que retrata a Orozco, Rivera -del que aprenderá viéndolo pintar-, Kahlo...). En 1930 Tina Modotti le cede su empleo como fotógrafa de una revista.

Rasgos de su fotografía

Álvarez Bravo practicó el arte de la contemplación -su lema era "*Hay tiempo*"-, más que capturas parece que sus tomas son resultado de un proceso de iluminación personal que muestra como rasgos milenarios -prehispánicos-, invisibles para casi todos, reaparecen en la vida de todos los días, y donde lo imaginario entra en lo real (casi a modo de Realismo Mágico).

La iconografía utilizada (cementeros, muros en ruinas, escaleras, ataúdes, campesinos, seres humanos a menudo solos y en silencio) revela el sueño colectivo de un México eterno.

Fue un fotógrafo diurno -la luz está siempre presente- que concentró su mirada sobre la ciudad de México y sus habitantes (aunque su obra tiene un alcance universal). Su obra se describe invariablemente como poética (a lo que contribuyen sus títulos: "*Los títulos de A.B. operan como un gatillo mental*" dijo Octavio Paz, al que le dedicó un poema): son poemas visuales (*fotopoeta*, le calificó Rivera) que expresan eventos estáticos y difíciles de describir.

Algunos de sus temas recurrentes son el pasado histórico, las apariencias y sorpresas cotidianas, lo simbólico, la calle y la gente y la fascinación de la muerte. La magia de su mirada consigue hacer coincidir estos elementos al tiempo que expresa un punto de vista con ciertos rasgos de ironía (a través de sus títulos) y una clara conciencia social. Sus fotografías nos hacen preguntas.

Álvarez Bravo es muy intuitivo pero sabe esperar el momento adecuado (*Los agachados*) o al transeúnte, dar belleza a lo dramático (*El obrero asesinado*), buscar la extrañeza (*Parábola óptica*) y lo que nadie veía (*Para subir al cielo*). Y es que si a

primera vista sus fotos parecen indescifrables, poco a poco revelan sus múltiples lecturas.

Su arte abunda en imágenes que parecen muy simples, pero que en un juego de rimas visuales y verbales, desprenden otras imágenes o realidades. A menudo, sus fotografías se responden entre ellas.

Las composiciones están estructuradas por la luz y son a menudo frontales, para que el espectador pueda participar de la escena que se le presenta. Los personajes que representa son neutrales, sin heroicidad.

Su estilo excluye los primeros planos, la violencia y los artificios: retrata México como es, penetrando al fondo de su cultura e identidad, a través de las cuestiones de imagen de sí mismo y de representaciones (en lo que coincide con Paz o Rulfo).

Etapas

Su padre ya era fotógrafo aficionado, y aunque siempre le interesó la fotografía, acabó siendo fotógrafo sin proponérselo y de forma autodidáctica. En una primera etapa tuvo influencias de Brehme en lo pintoresco (y de Picasso en lo insólito) y estuvo muy al tanto de las vanguardias, aunque nunca se ligaría completamente a ningún grupo (es un artista apolítico y humanista).

Por eso en los años veinte realiza fotografías pictorialistas que luego destruiría. Sólo a partir de 1927 muestra ya intereses experimentales (formas abstractas, contraste de sombras, juego con el volumen, detalles...) que apuntan su posterior estilo.

En los 30 es influido por Atget (en fotografías como *Parábola óptica* o las de maniqués), tiene su primera exposición, comienza a ligarse al mundo del cine y toma la fotografía *El obrero asesinado*, todo un icono atemporal de la lucha obrera. En efecto, A.B. retratará las diferentes realidades socioculturales del México post-revolucionario: mide paso a paso la evolución de México.

Etapas pseudorealista. Tras entrar en contacto con figuras como Cartier-Bresson, adquiere renombre internacional y Breton selecciona tomas suyas (son un ejemplo para él de cómo vida y muerte conviven inusualmente) y hasta le encargó la que sería su única fotografía surrealista: *La buena fama durmiendo*, que improvisó de golpe.

En los años cincuenta, ya consagrado, se dedica más bien a promover la obra de otros fotógrafos -es además profesor de fotografía-, y posteriormente comenzó a usar el color y a seguir constantemente experimentando. Siguió muy activo en los ochenta y nunca perdió la pureza ni la intensidad de su mirada, fue todo un modelo de independencia: A.B. creía que *“el fotógrafo va en busca de sí mismo y jamás sabe dónde encontrará la chispa”*. Su fotografía nace de una mirada fuerte y penetrante.

Lola Álvarez Bravo (1907-1993)

Fue una figura clave, junto con Tina Modotti, Frida Kahlo, Diego Rivera y su esposo Manuel Álvarez Bravo (del que aprende fotografía y del que se separa en 1934) en el renacimiento artístico post-revolucionario en México.

Fotografió una amplia variedad de temas, tomando imágenes documentales de la vida cotidiana en pueblos y en calles de las ciudades, retratos de líderes y personajes como Frida Kahlo, de escultura prehispánica o de arquitectura. También experimentó.

Juan Rulfo (1917-1986)

Estamos ante el caso poco común de un escritor que también tomó una importante cantidad de fotografías entre 1940 y 1960 (aunque las hay anteriores y posteriores), pues fue un gran conocedor del mundo de la fotografía (se pueden establecer paralelismos con Álvarez Bravo -que conoció-, como en la foto del muro de adobe, y con otros fotógrafos de la época).

Sin embargo si bien no se consideró como fotógrafo, no hay que ligar exclusivamente sus tomas a su producción literaria, pues sus fotografías son autónomas.

Cuentan con un poderoso enunciado social y artístico y son un documento cultural importante del México de su tiempo que sólo se conoció a partir de 1980 (en una exposición preparada entre otros por Nacho López), pues las más de las veces ni siquiera llegó a revelar sus negativos. Sin embargo, sus más de 7.000 negativos apuntan a que debió albergar un cierto proyecto, que quedó en silencio al igual quizá que el carácter de su autor.

Estilo. La naturalidad de las composiciones de las fotografías de Rulfo es notable y se refleja en la espontaneidad y falta de conciencia en sus retratados (quienes muchas veces están de espaldas, aunque a veces miran a la cámara), algo quizás logrado gracias al uso de una cámara Rolleiflex que le obligaba a hacer tomas desde el pecho y no a la altura de su cara.

Su mirada se proyecta hacia el horizonte y hacia lo bajo, logrando no aplastar a las personas contra tierra. Su enfoque nunca se improvisa: Rulfo no quería tomar aspectos pasajeros de la realidad. Y es que sus fotografías tienen la facultad de suprimir el tiempo, mostrando continuidades mexicanas de más de tres milenios y un mundo donde los hombres transitan en soledad.

Muestran la reflexión en torno a la realidad del desaliento mexicano y su preocupación por la vida rural (ya desaparecida), todo a través de un juego de luces que se ve siempre acompañado de un enorme talento para los encuadres.

Su tema es pues la “mexicanidad”, aunque él nunca quiso imponer su visión de México, reconociendo la existencia de muchos Méxicos, máxime cuando realiza su trabajo tras un movimiento revolucionario que estimuló el interés por el pasado pero que dejó por herencia una modernidad uniformizadora y desilusionada.

El esteticismo y el formalismo de las imágenes de Rulfo son notables: casi no tiene imágenes de corte *documental* (evita pues el “feísmo”), el uso de planos medios y la calidad de la luz dan a sus personajes una gran intensidad. Rulfo es clásico por sus series arquitectónicas o paisajistas, pero sobre todo porque no se acercó a la experimentación.

Serie arquitectónica: ya fotógrafos como Guillermo Kahlo (padre de Frida) o Brehme habían tomado muchas fotografías de temas arquitectónicos, pero en Rulfo subyacía una especie de proyecto para expresar las continuidades y los efectos del tiempo (de ahí la presencia de muchas ruinas). Realizó por tanto tomas de iglesias, palacios hispánicos, vestigios de las civilizaciones prehispánicas o de simples caseríos.

Serie antropológica: en esta serie sus relatos y sus fotografías se funden, mostrando campesinos (indígenas) en los pueblos y sus alrededores o en pequeñas ciudades provincianas (más excepcionalmente en la gran ciudad), destacando especialmente mujeres y niños (los hombres partían a menudo a la ciudad para trabajar). En ellas hay un compromiso con los más desfavorecidos de la sociedad, pero sin apartarse de su esteticismo y caer en lo documental y excluyendo cualquier enfoque etnográfico.

Lo simbólico está igualmente muy presente, y las tomas en fiestas, calles, mercados,

iglesias y peregrinaciones abundan. También realizó retratos de figuras conocidas (Gorostiza, etc.) y de anónimos como *La anciana de Apan*, que parece representar a uno de sus personajes literarios.

Serie de ferrocarriles. Fue encargada en 1956 por los Ferrocarriles Nacionales de México (ya desaparecidos) para documentar las nuevas instalaciones de Ciudad de México. Serie al aire libre sobre la danza. Serie ligada al cine.

Serie paisajística: tiene como tema la Naturaleza e incluye fotografías sin presencia humana (aunque a veces sí) que enmarcan el cielo y la tierra, o con un objeto en primer plano que domina el paisaje.

Antonio Reynoso (1917-1966)

Cineasta y fotógrafo amigo de Rulfo, tomó fotografías de las vecindades sobrepobladas de Ciudad de México en los años cuarenta.

Nacho López (1923-1986)

Fotógrafo alumno de Manuel Álvarez Bravo, destaca en los cincuenta como precursor del fotoensayo y por trabajar la cotidianidad urbana, pero también posteriormente por sus tratamientos artísticos conceptuales y como cinematógrafo.

Supo mostrar con valentía y sin folclorismos aspectos como la pobreza, la marginación y el desamparo que la sociedad mexicana del desarrollismo (en pleno cambio de lo rural a lo urbano) se negaba a ver y quiso comunicar la condición de los humildes como *sujetos* en el mundo en lugar de retratarlos sólo como *objetos*: para él "*la fotografía es un instrumento para denunciar injusticias sociales*".

Como en el caso de Álvarez Bravo, su fotografía de autor, sin folclorismos y abierta a tendencias exteriores fue vista con un cierto recelo en México.

Bernard Plossu (1945)

Tras un primer viaje a México en 1965-66 (cuando fotografía mercados, el campo, la parte moderna de Ciudad de México, las carreteras o las noches de fiesta), el francés Plossu vuelve en 1970 para fotografiar en gran angular (que aporta un toque efectista y esteticista) las barriadas de Ciudad de México, donde se comprende y ve ese México que no se muestra.

Obsesionado por *Los Olvidados* (él mismo confiesa que hay fotos hechas por el propio Buñuel idénticas a las suyas) retrata así cada rincón de las barriadas, a niños sonrientes que miran a la cámara (seguro que hoy en día ya no le recibirían sonriendo).

Plossu quiere pues describir el entorno deplorable y la brutalidad cotidiana de la vida de una juventud mexicana desocializada o confinada en las periferias de las ciudades, aunque también hay adultos. No hay cursilería ni búsqueda de efectos en sus fotos.